

Mejor, imposible



por **Norberto Laterza**
nlaterza@revistapalermo.net

No me canso de afirmar que cuando en el turf se producen acontecimientos como el del último sábado en Palermo, se revive la magia y se explica el porqué tienen tantos adeptos. No es un deporte cualquiera, es quizá el que ofrece la mayor variedad en una sola jornada, sobre todo en los casos en que se dan actuaciones de sus protagonistas en el más alto nivel, otorgándole al espectáculo un marco imposible de dimensionar cualitativamente. Para ser más claro en el concepto, destaco la capacidad de los caballos, la enorme habilidad de los jockeys y el trabajo de los entrenadores, que es tan parejo que cuesta realmente entender cómo puede transmitirse todo eso en el escaso tiempo en que una carrera tiene lugar.

Para explicar esto primero no podemos dejar afuera a los responsables de poner todo el armado de manera que nada se escape a la hora de recibir a un público ávido de observar algo diferente a lo habitual en el caso de los recién iniciados en las carreras de caballos, y otorgarle la mayor comodidad a los que están desde la primera hora (salvando el polémico tema del estacionamiento por la feria gastronómica).

Cubriendo las tribunas, en el gran premio General San Martín se pudo admirar lo que significa un jinete arriba de un animal que corre a más de 60 kilómetros por hora y pesa entre 400 y 550 kilos. Lo que realizó el mejor jockey de nuestro medio, el uruguayo Pablo Falero con Forty One, fue como para que Héctor Libré, el director de la excelente Escuela de Aprendices de San Isidro lo muestre una y otra vez a sus alumnos. Alguien podrá decir que los siete cuerpos que lo separaron de su escolta eximen de mayores comentarios, pero si se mira con

atención toda la carrera las cosas cambian. Luego de venir por el mejor lugar para que su caballo no pierda acción y terreno, en la recta final se mantuvo en una posición en la que podía tomar la decisión que fuera más adecuada para la definición. Optó por el lado interior porque según confesó luego era por donde mejor estaba la pista, encontró el hueco y vio con su instinto que los de adelante, que eran los candidatos, iban a abrirse. No fue digno de un aplauso sino de una ovación, una más para un jinete que tiene como mejor virtud su inteligencia.

En la Polla de Potrancas se vivió un instante de sentimientos encontrados, entre la melancolía de la desaparición futura de un haras como La Biznaga y la sencillez de un entrenador como Coco Bullrich, que nunca se proclama vencedor hasta que lo es, las lágrimas contenidas de su administrador histórico, Juan Ithuralde, reflejaron hasta donde los sentimientos superan el trabajo en una cabaña. Incluso su jockey Fabricio Barroso tuvo el mérito de adjudicarle a Atomica Oro el triunfo, dejando de lado su trabajo sobre el hijo de Orpen en un final digno del suspenso que identifica al turf.

Y en un último acto de excelencia para ponerle el telón a un sábado inolvidable, con cuatro potrillos definiendo una carrera, The Great Day le mostró al público que para ganar, además de velocidad se necesita una conjunción de valentía entre jockey y caballo. Demostraron alta guapeza tanto el ganador como su jockey, Luciano Cabrera, para quedarse con el podio con los colores celeste y blanco del Firmamento en su primer triunfo en la Polla de Potrillos con chaquetilla propia.

Como colofón, su propietario, Juan Carlos Bagó, les mostró el camino ignorando una oferta importante para soñar con esta victoria en un alarde de coraje digno de tomar en cuenta a la hora de vender.

Hubo de todo, como en botica, pero si hubieran querido mostrar lo que significa el turf, no lo habrían podido hacer mejor.